



Espacio real / espacio imaginado
La construcción de “Malvinas” en la narrativa argentina de ficción

Marta Elena Castellino

Malvinas en Cuestión, (1), e007, 2022

ISSN 2953-3430 | <https://doi.org/10.24215/29533430e007>

<https://revistas.unlp.edu.ar/malvinas>

Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

Espacio real / espacio imaginado

La construcción de “Malvinas” en la narrativa argentina de ficción

Real Space / Imagined Space

The Construction of “Malvinas” in Fictional Argentine Narrative

Marta Elena Castellino
martaelenac15@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-7246-8452>

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo
Argentina

Resumen

La representación literaria del espacio malvinense plantea una serie de dificultades: es un territorio que pocos argentinos conocen, al menos por experiencia directa, por lo que la mayoría de los autores basan sus descripciones en referencias anteriores. Además, tiene la singularidad de ser una realidad esencializada en unos pocos elementos que ya se han vuelto tópicos. Por todo ello, Malvinas es más una ausencia que una presencia, y la mayoría de los textos escritos sobre esta temática, fundamentalmente desde lo literario, privilegian el diseño de escenarios bélicos, de conflicto, espacios de dolor y vejaciones sufridas por los soldados argentinos en 1982.

Este artículo restringe su análisis a un tratamiento literario del tema y analiza la representación del espacio en textos que aportan configuraciones del escenario isleño según los tres tipos posibles de modelos de mundo propuestos por Tomás Albaladejo (1992): el de la realidad efectiva, el de lo ficcional verosímil y el de lo ficcional no verosímil, con las diferentes variantes que se registran en relación con el espacio representado y, sobre todo, las distintas intencionalidades a las que obedece cada forma de reconstrucción literaria. Se espera así realizar un aporte que enriquezca las representaciones sociales sobre Malvinas, a partir de la espacialidad.



Palabras clave

Malvinas, espacio literario, modelos de mundo

Abstract

The literary representation of the Malvinas territory poses many difficulties: it is a territory that few Argentines know, at least by direct experience. Therefore, most authors base their descriptions on earlier references. In addition, it has the singularity of being a reality essentialized in a few elements that have already become clichés. For all these reasons, Malvinas is more of an absence than a presence and most of the written texts, and they privilege the design of war scenarios, of conflict, spaces of suffering and humiliation suffered by Argentine soldiers in 1982.

This article analyzes the representation of the Malvinas space in texts that provide configurations of the island scenario according to the three possible types of world model proposed by Tomás Albaladejo (1992): that of an effective reality; that of the plausible fiction and that of the non plausible fiction, with the different variants that are registered in relation to the represented space and, above all, the different intentions to which each form of literary reconstruction obeys. It is thus expected to make a contribution that enriches the social representations of Malvinas, based on spatiality.

Keywords

Malvinas, literary space, world models



Introducción

Existen, innegablemente, varios e importantes textos que desarrollan aspectos de la denominada “Cuestión Malvinas” desde enfoques diversos. Además de los estudios específicamente históricos o los libros de testimonios, se pueden citar los que abordan el tema desde una perspectiva más social o política, como los numerosos trabajos de Federico Lorenz (cf. por ejemplo *Unas islas demasiado famosas: Malvinas, historia y política*, 2013, que explora las distintas reacciones sociales argentinas ante la guerra y la posguerra). Merece mención también el trabajo de Lara Segade, “Lejos de la guerra. Relatos de Malvinas en los primeros años de la democracia” (2015), que historiza los modos de articulación del relato sobre Malvinas en relación con el contexto socio histórico, el cual impone sus condicionamientos a la escritura. Por su parte, Paula Ehrmantraut, en *Masculinidades en guerra: Malvinas en la literatura y el cine* (2013), analiza las representaciones literarias y fílmicas del tema desde una teoría del género en vistas a mostrar las construcciones de masculinidad vigentes durante el conflicto y luego de él. En un sentido similar, Julieta Vitullo (2012) se propone analizar cómo se manifiesta la guerra en la ficción audiovisual y narrativa, planteando las relaciones de la cultura y la política desde los cuerpos y su inscripción en diversas modalidades o patrones (épica, paternidad, desertión). Por cierto que la lista bibliográfica podría ampliarse mucho más, pero conviene ceñirse a lo que resultó más pertinente para la elaboración de este trabajo.

En varios de estos estudios que se acercan a un tratamiento más “literario” del tema suele colocarse el acento en alguno de los componentes claves del relato, principalmente en el *personaje*: el factor humano de las narrativas ensayadas sobre Malvinas; sin embargo, se ha dedicado menor atención a otro elemento que también reviste interés a la hora de analizar un texto literario, como es el *espacio*. En este sentido, resultan de especial



interés algunas afirmaciones de la antropóloga Rosana Guber en su libro *¿Por qué las Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda* (2001), cuando se refiere a las islas como un territorio “en blanco” para los argentinos y señala la importancia de lo territorial: espacio de algún modo fantasmal que requiere ser apropiado y que ha funcionado como catalizador de distintos tipos de discursos. Así se va perfilando la importancia de analizar las distintas formas de textualizar el espacio de Malvinas.

En cuanto al encuadre teórico metodológico elegido, en el ámbito de la narratología el aspecto que más ha llamado la atención de los estudiosos ha sido la categoría temporal, mientras que el marco o escenario en el que se desarrollan las acciones ha quedado relegado a un segundo plano, a pesar de la importancia que reviste, como se intentará mostrar. Existen, de todos modos, algunos textos clásicos que lo analizan y que conservan su vigencia, como el de Gérard Genette, “La littérature et le espace”, en *Figures II* (1969); la *Poética del espacio* de Gastón Bachelard [1957] (1965), o los estudios de Mijaíl Bajtín (1978) en relación con la noción de *cronotopo* o inseparabilidad de las relaciones espaciales y temporales. Por su parte, Jacques Soubeyroux (1985), desde una perspectiva sociocrítica, destaca cómo el análisis de la categoría espacial permite acceder a las estructuras profundas del texto, y algunas de las categorías por él propuestas (siguiendo el modelo de Henri Mitterand, 1980), como las de *topografía mimética*, *toposemia funcional* y *simbolismo ideológico*, resultan incitantes.

Más modernamente, las nuevas teorías sobre la ficción literaria, en particular las referidas a los “mundos posibles” (Dolezel, 1999; Ryan, 1997; Albaladejo, 1992; Garrido Domínguez, 1996), arrojan nueva luz sobre las diversas tipologías espaciales.

Además de las cuestiones inherentes a la construcción misma de la espacialidad en el relato de ficción, que plantean los textos citados *supra*, la representación del territorio malvinense supone una serie de dificultades: ante todo, la de ser un espacio que pocos argentinos conocen, al menos por experiencia directa. Por tanto, la mayoría de los autores basan sus



descripciones o bien en referencias de otros textos no ficcionales, o bien en reconstrucciones imaginarias anteriores. Julieta Vitullo (2012), por ejemplo, cuando se refiere al viaje a Malvinas realizado con posterioridad a la escritura de su libro, señala la finalidad que la guiaba entonces:

La idea de ver con mis propios ojos ese lugar sobre el que tanto había leído. Yo quería recorrer un espacio que había sido escrito mayormente desde el desconocimiento. Es decir quería que el viaje no fuera metafórico sino ya físico (p. 186).

Igualmente, Malvinas tiene la singularidad de ser —tanto en los documentos como en la literatura— una realidad esencializada en unos pocos elementos que ya se han vuelto tópicos: el clima, la escasez de flora y fauna —incluido el mítico zorro malvinense—.

Por todo ello, esta porción austral de nuestro territorio es más una ausencia que una presencia y la mayoría de los textos escritos sobre las islas Malvinas privilegian —como es lógico— el diseño de escenarios bélicos, de conflicto, espacios de sufrimiento y vejaciones sufridas por los soldados argentinos en 1982.

De todos modos, hay novelas que exploran la representación literaria del escenario isleño desde otros enfoques y ellas constituyen el corpus que me propongo analizar en este trabajo, a fin de explorar las distintas posibilidades de “describir Malvinas”.

Entonces, el recorte propuesto es abordar algunas obras narrativas, primordialmente de ficción, aunque no en todos los casos resulta así. Y hago esta salvedad porque es inevitable partir del *Diario de 1829 en Malvinas*, de María Sáez de Vernet (cito por la edición de 2016¹), en tanto constituye el primer eslabón de una larga cadena de versiones que lo reescriben en parte, de las cuales analizaré solo la primera: *María de las islas* (1995), de Estela Sáenz de Méndez.

Luego, incluyo las obras *El penúltimo ataque* [1985] (2012) y *Las lecciones del Capitán* (2006), de Juan Luis Gallardo, que proyectan la acción a un presente posterior al enfrentamiento bélico, en orden a mostrar también la evolución de un paisaje que sigue —en líneas generales— inalterable, aunque bautizado por la sangre de tantos héroes. Y también *La balsa de Malvina* (2012), de Fabiana Daversa, que relata una suerte de periplo



iniiciático por parte de la protagonista.

Por último, agrego un texto que resulta interesante porque la visión que se nos da del territorio malvinense —al que no se alude nunca con este nombre— aparece totalmente desrealizada, pero inconfundible a través de la presentación del “clima helado y fantasmagórico de una islas en donde la historia reverbera a través de una naturaleza” (s. p.): *La construcción. Metales radioactivos en las islas del Atlántico Sur* (2014), de Carlos Godoy.

La selección de obras responde a un criterio eminentemente *espacial* pero elude referirse al cronotopo de la guerra, que la hubiera tornado prácticamente inabarcable para el análisis; este se realizará a partir de ciertos principios suministrados por la narratología que nos permitirán incursionar en la cuestión de la construcción espacial en el texto de ficción para acceder así a estructuras más profundas de sentido latentes en cada uno de los textos. Se espera realizar un aporte que enriquezca las representaciones sociales sobre Malvinas, a partir de la espacialidad, dado que la hipótesis que sustenta este trabajo, en función de lo expuesto, es que los materiales seleccionados constituyen un interesante abanico de representaciones que, de un modo u otro, han calado hondo en el imaginario social, más allá del dolor causado por la pérdida de vidas como consecuencia de la guerra de 1982.

El discurso del espacio en la obra literaria

Según Antonio Garrido Domínguez en *El texto narrativo* (1996), topografía es la denominación convencional del discurso del espacio y a través de ella se provee al texto “de una geografía, de una localización para la acción narrativa” (p. 218). Por su parte, Philippe Hamon [1981] (1991) alude a ciertos “connotadores genéricos que pueden modular lo tético (realista) en hipotético (la descripción en el género fantástico, en el género utópico) o el patético ([...] reproche [...] o elogio)” (p. 130).

De este modo, y siguiendo a Garrido Domínguez (1996), “el discurso descriptivo contribuye a crear —independientemente del tipo de texto, realista o fantástico— un poderoso efecto de realidad” (p. 222). En relación



con esto, puede establecerse una tipología de las representaciones espaciales según los tres tipos posibles de modelos de mundo propuestos por Tomás Albaladejo (1986; 1992): el de la realidad efectiva; el de lo ficcional verosímil y el de lo ficcional no verosímil, con las diferentes variantes que se registran en relación con el espacio representado. En realidad, esta clasificación está tomada de la *semántica de los mundos posibles*, que se refiere a la totalidad del mundo construido por el texto, pero es perfectamente aplicable al espacio en tanto elemento fundamental de esa construcción textual.

También puede notarse el problema de la referencialidad, entendida como la función o propiedad por la que un signo lingüístico remite a un objeto del mundo, externo al acto de comunicación. Esta función del lenguaje, también denominada denotativa, es la que permite reconocer la veracidad del mensaje en su relación con el referente y el contexto, y predomina en aquellos discursos destinados a transmitir algún tipo de conocimiento o información acerca de la realidad; en ellos es posible distinguir lo que Soubeyroux (1985) denomina *topografía mimética*. Como características propias de esta forma de descripción puede señalarse el empleo de deícticos, el lenguaje denotativo, la preponderancia de sustantivos y verbos por sobre los adjetivos y el empleo del modo verbal indicativo.

El discurso de la descripción literaria incluye una serie de signos característicos: el empleo del imperfecto verbal, nombres, adjetivos, pero también números; y sobre todo, procedimientos retóricos (metáforas, metonimias, comparaciones, sinécdoques y personificaciones), que pueden llevarla a desempeñar funciones de “actante” dentro del texto (toposemia funcional) o dotarla de un simbolismo ideológico (Soubeyroux, 1985).

En cuanto a su funcionamiento dentro del texto, Hamon (1991) habla del juego de equivalencias entre una denominación o pantónimo (el nombre del objeto descrito) y una expansión o listado de términos asociados o dependientes de él (pp. 65-66). Además, señala que en la disposición de los componentes de la expansión “son frecuentemente operativos los criterios alto/bajo, derecha/izquierda, interior/exterior” (en Garrido Domínguez, 1996, p. 227).



Retornando a los cometidos que desempeña el discurso descriptivo o topografía en un enunciado narrativo ficcional, Garrido Domínguez (1996) destaca la “capacidad simbolizadora” del espacio, cuando “se semiotiza y convierte en exponente de relaciones de índole ideológica o psicológica” (p. 227), tal como ocurre con las ya mencionadas polarizaciones arriba/abajo, cerca/lejos, etc. y con la consabida oposición campo/ciudad. A esto se refiere Soubeyroux (1985) cuando propone las categorías de toposemia funcional, es decir, el estudio de las funciones que el espacio desempeña, más allá de lo estrictamente referencial, y que lo dotan de una significación simbólica o ideológica (p. 444).

Para cerrar este apartado cabe reiterar la importancia que numerosos teóricos otorgan al espacio dentro del texto de ficción. Bajtin (1978), por ejemplo, ha señalado la posibilidad de historizar todo el desarrollo del género novelístico a partir de este factor, indisolublemente unido al tiempo. Recurre entonces a la noción de cronotopo, para referirse a un tiempo histórico que se plasma o se concreta en un espacio (Bajtin, 1978, pp. 237-238); menciona así una serie de cronotopos y destaca su funcionalidad en distintos géneros novelescos (el del camino para la novela de aventuras; el del castillo para la novela gótica, entre otros).

La literatura registra, asimismo, una serie de tópicos o motivos relacionados con la espacialidad, como el *locus amoenus* o “lugar deleitoso” y, vinculado con este, el *paraíso perdido* o nostalgia edénica, sentimiento que tiene que ver con la idea del hombre creado en un estado de inocencia original, que vivía feliz *in illo tempore* (el tiempo mítico); o como el *beatus ille*, que hace referencia a la alabanza de la vida sencilla y desprendida del campo frente a la vida agitada de la ciudad, tal como los desarrolla Garrido Domínguez (1996) al hablar de las tipologías de la descripción literaria.

A partir de estos conceptos, se analizará el discurso descriptivo en las novelas incluidas en el corpus y se intentará una tipología de estas representaciones espaciales según los tres tipos posibles de modelos de mundo propuestos por Albaladejo, destacando las distintas intencionalidades a las que obedece cada forma de reconstrucción literaria.

Malvinas, espacio literario

Un texto fundacional: el Diario de María Sáez de Vernet

Retomando la cuestión de los modelos de mundo propuestos por Albaladejo (1986, pp. 75-69; 1992, pp. 49-52), se puede sostener que el modelo correspondiente al primer tipo, es decir, el de la realidad efectiva, es el que presenta el *Diario de María Sáez de Vernet en Malvinas* [1829] (2016), que comparte con los textos históricos, periodísticos o científicos la posibilidad de una verificación empírica. Si bien el *diario*, como perteneciente a las denominadas *escrituras o narrativas del yo*², no puede considerarse un texto objetivo, también es cierto que, en su intención primaria, tampoco es un texto de ficción, lo que complejiza su estatuto.

María Sáez de Vernet llegó a Malvinas en 1829, acompañando a su marido Luis Vernet —designado gobernador de las islas—, con sus tres hijos y embarazada de un cuarto, que finalmente sería una niña, nacida en el archipiélago, y a la que llamaron siempre Malvina. Desde el primer día de su llegada, María comenzó a anotar sus impresiones en un diario, cuyo original se conserva en el Archivo General de la Nación, que abarca desde el 15 de julio de 1829 hasta el 22 de diciembre de ese mismo año. La escritura se interrumpe abruptamente antes del nacimiento de “Malvinita”, pero de todos modos las páginas conservadas representan un valiosísimo testimonio. Juan Terranova, en el “Prólogo” a la edición de 2016 del *Diario...* destaca su prioridad temporal respecto de otras manifestaciones literarias que se consideran fundantes en nuestra literatura nacional: “Ocho años antes de que comenzaran las actividades del Salón Literario [...] María Sáez ya escribía en un castellano cristalino y sensual, retratando paisajes, animales y situaciones que los universitarios de Buenos Aires jamás llegarían a ver ni imaginar” (en Sáez de Vernet, 2016, p. 5).

Además de estos incuestionables méritos, este texto interesa doblemente por ser el primer esbozo de construcción de ese espacio escritural denominado “Malvinas” y, además, por ser encarado desde una sensibilidad femenina, lo que le otorga un matiz particular.

La denominación “Malvinas”, como pantónimo, abre un abanico de predicados conexos que aparecen desde las primeras páginas del *Diario*;



el clima, la flora, la fauna. Son escasos, en cambio, los topónimos o nombres propios de accidentes geográficos, que se mencionan en forma genérica, salvo algunas excepciones.

María se muestra minuciosa en su registro de las inclemencias climáticas. Los días nublados agregan melancolía a lo contemplado: “Nublado hizo a la noche tempestad con vientos fuertes. Me fastidia mucho la continuación del mal tiempo que hace aparecer este lugar más triste de lo que es” (Sáez de Vernet, 2016, p. 32).

Pero no faltan tampoco los días apacibles; recordemos que María desembarcó en Malvinas en el mes de julio, pero aún en invierno el clima da treguas agradables, como el 29 de julio, en que leemos: “Buen tiempo con intervalos de nieve, vi por la primera vez el campo todo blanco, lo que me parecía muy bonito al lado de la chimenea” (Sáez de Vernet, 2016, p. 34). En realidad, su primer contacto físico, palpable, con la tierra malvinense se estableció a partir de la nieve:

Pasando por debajo de una barranca donde no daba el sol había un montón de nieve, me alcanzaron un poco para que la viera, lo que tanto halagaba mi vista por su blancura y brillantez pero luego al tomarle la mano sentí su frialdad no quise por más tiempo contemplar su hermosura (p. 29).

A medida que se acerca el verano las anotaciones que reflejan su agrado por el paisaje se hacen más frecuentes: “Muy buen día sereno y de un sol claro y despejado” (Sáez de Vernet, 2016, p. 35). María detalla las acciones que realiza con el buen tiempo: “Hermoso día. Después de almorzar salí con Vernet para el pescadero al llegar a la cumbre me detuve para gozar despacio de las hermosas vistas que se me presentaban” (p. 45).

Señala en estos paseos “la hermosura del pasto, siendo tan verde y tupido que parecía se pisa sobre una alfombra” (Sáez de Vernet, 2016, pp. 32-33). Destaca entonces la complacencia de recostarse sobre él: “Me acosté sobre el pasto al calor del sol que era bastante fuerte, sin ser desagradable, me agradó mucho este sitio, es un valle cercado de lomas elevadas” (p. 45).



Uno de los elementos del paisaje que más parecen agradar a María son los cursos de agua: “Un arroyuelo de agua dulce, que pasa por debajo, cuyo ruido atrajo mi atención” (Sáez de Vernet, 2016, p. 29). Se destaca en esos primeros contactos el detalle, nimio pero significativo, elevado a un nivel simbólico, ya que representa una suerte de *comuni3n* con la nueva tierra: beber agua de “un pequeño manantial que sale de un costado de una loma como de una cuenca circundada de una infinidad de plantas de varias clases; probé esta agua y me ha parecido la mejor que he tomado en mi vida” (p. 33).

La presencia de agua y flores convierte el paisaje descrito en un auténtico *locus amoenus*, uno de los t3picos consagrados por la topograf3a; as3, el 3 de noviembre leemos: “Hermoso tiempo. Me incit3 a dar un paseo el d3a claro y sereno [...] nos dirigimos al arroyo [...] hallamos el campo cubierto de lindas flores de todos los colores, y algunas de una fragancia deliciosa” (Sáez de Vernet, 2016, p. 53).

La menc3n de los arroyos sirve para detallar la fauna predominante: “Me fui a un arroyo donde suele haber abundancia de patos y becacas, estuve largo rato recreándome en ver tanta abundancia y variedad de aves” (Sáez de Vernet, 2016, p. 40). Destaca la singularidad de una clase de patos “que no vuela de modo que ganándoles el lado del agua se agarran f3cilmente” (p. 45).

Un episodio conmovedor tiene que ver con una pequeña avecilla nativa de las islas: “El negro boyero me trajo un pajarito nacido en el d3a, del tamaño de una nuez, corre muy ligero, le llaman a esta clase P’seuke” (Sáez de Vernet, 2016, p. 47). A pesar de los cuidados brindados (incluso llega a abrigarlo en su seno) el ave muere luego de algunos d3as, lo que ocasiona casi una tragedia familiar.

De la fauna de la isla, le llama especialmente la atenci3n el pingüino, denominado “pájaro bobo” o “pájaro niño”. Describe su aspecto: “Tiene un plumaje color de oro sobre la cabeza” (Sáez de Vernet, 2016, p. 54) y detalla algunos de sus h3bitos, lo que da cuenta de su inter3s por profundizar en el conocimiento del entorno que la rodea: “Por la mañana desembarcaron dos pájaros niños vivos, de bonita piel los que pueden



mantenerse en esta estación dos meses sin comer, en el tiempo en que salen a las playas a poner sus huevos y mudan las plumas” (p. 60).

En cambio, los lobos marinos le provocan desagrado: “Miércoles 2 de setiembre. Buen tiempo. Volvió la lancha esta tarde trayendo dos lobos de un pelo, es la primera vez que veo esta clase de animales, me parecen horribles y son en extremo gordos” (Sáez de Vernet, 2016, p. 39).

Menos variada le parece la flora, ya que solo menciona “las primeras flores de primavera, son blancas y muy fragantes” (Sáez de Vernet, 2016, p. 52) y “un arbusto pequeño que se torna verde y asimismo prende y arde como la yesca que se llama grullera” (p. 55). Se alude así a la dificultad para conseguir madera, que debía ser traída de Stateland (Isla de los Estados) o de otras islas cercanas:

El buque ha traído [de las Georgias] las maderas que necesitábamos y también doscientos pies de árboles de tres clases particulares, la corteza de uno de ellos pica como el ají, otro tiene un color amarillo que muchos creen sea palo de teñir, la corteza del otro es fragante como la guinaquina [así en el original] (Sáez de Vernet, 2016, p. 50).

Como nota distintiva puede mencionarse una hierba, el lucen, “que aquí llaman té de Malvinas” (Sáez de Vernet, 2016, p. 32), aunque a María esa infusión le resulta demasiado amarga.

Hasta aquí el paisaje natural de las islas; pero el que contempla María tiene también su historia: “Habiendo leído ayer sobre la fundación de esta isla de la Colonia Francesa, salí con Vernet en busca del lugar donde erigieron su primera habitación fuimos por la costa de la mar, hasta donde los buques hacen aguada” (Sáez de Vernet, 2016, p. 44).

Y comienza a ser un paisaje cultural, en el que la mano del hombre va dejando su impronta a través del desarrollo de actividades productivas, como la cría de ganado. También se empeña en señalar el esfuerzo por aclimatar diversas semillas traídas del continente en su huerta y jardín. María recuerda especialmente que en una ocasión: “Después de comer se entretuvo Vernet y los capitanes en plantar una alameda de árboles desde la casa hasta el arroyo del Puente. Forma una calle espaciosa y muy bonita” (Sáez de Vernet, 2016, p. 52).



Se va consolidando así un poblado: “Desde aquí presenta nuestro establecimiento vista de pueblito” (Sáez de Vernet, 2016, p. 45); en otra ocasión señala que “se compone de ochenta habitantes” (pp. 36-37). María detalla los nombres de varios de ellos, especialmente de los más cercanos o los que cumplen una función destacada dentro de la comunidad. Todos comienzan a echar raíces en la nueva tierra que las ha tocado en suerte:

Encontré un matrimonio muy contento lo que no dejé de extrañar, pues en los primeros días de su llegada aquí se quejaban de haber venido a un desierto, pero hoy se hallan bien acomodados en una buena casa y nada les falta, dicen que les parece vivir en el paraíso (Sáez de Vernet, 2016, p. 46).

De algún modo, podemos suponer que María proyecta en esta pareja su propia vivencia: la apropiación de esta tierra por diversos medios, el conocimiento, el amor y, finalmente, la escritura. Malvinas se convierte en “patria” porque es el lugar donde se ha amado y donde se ha sufrido, donde yacen los muertos queridos (como su criada Gregoria) y los hijos “crecen sanos y robustos”. Y libres. María no lo dice expresamente, pero la continuidad de su vida, luego de su forzado abandono de las islas y los infructuosos reclamos que no cesaron hasta su muerte, muestra cómo Malvinas fue, para los Vernet, un auténtico *paraíso perdido*.

Una novela histórica sobre Luis Vernet y María Sáez

María de las islas (1995) de Estela Sáenz de Méndez es una novela histórica que, a partir del oxímoron que tal denominación implica³, corresponde al segundo modelo de mundo o el de lo ficcional verosímil, en tanto “contiene instrucciones diferentes de las propias de la realidad efectiva, aunque semejantes a ellas; por lo tanto [...] tienden a parecerse al mundo objetivo” (Garrido Domínguez, 1996, p. 31).

De todas las novelas basadas en el *Diario* de María Sáez, esta es la más fiel al original, si bien recurre al artificio de narrar retrospectivamente, a la luz de los sucesos acaecidos en 1833 con la ocupación británica de las islas, lo que otorga una tonalidad particular a lo vivido o —en este caso— a lo contemplado. Además, la insistencia en ciertos detalles agrega una



valoración afectiva que, si bien no está del todo ausente en el original, se hace aquí más notoria a favor de la mayor abundancia de adjetivos y recursos de estilo; así, por ejemplo, el “viento” mencionado en el documento histórico es ahora “el viento molesto y bello como la libertad” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 15). Al respecto, señala Hamon (1991) que el detalle “focaliza la atención del lector sobre un elemento semántico del texto [...] pone de relieve, distingue” (pp. 92-93). Esta sobredeterminación —siempre según Hamon (1991)— agrega una *modalización* particular (p. 124), entendiendo por tal la actitud del hablante respecto de su enunciado; los mecanismos modalizadores o *subjektivemas* son palabras o tropos en los que se transparenta la subjetividad del autor.

En el libro de Sáenz de Méndez el tono se hace más enfático, contrastando con el estilo sencillo, despojado y sin estridencias de María Sáez gracias a las exclamaciones que se prodigan, figuradas pero congruentes con el hipotexto: “¡[...] cómo añoro mis dulces veranos isleños!”. Y, sobre todo, la afirmación de un deseo que la realidad se encargó de defraudar: “¡Tenemos que volver! [...] O quizás nunca nos fuimos” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 15).

La novela comienza *in media res* y sitúa a la protagonista, narradora en primera persona, en el marco de su estadía malvinense; incluso hace referencia a la escritura del diario y —a partir del pantónimo Malvinas— consigna los mismos términos asociados, aunque recurriendo al procedimiento de la *amplificatio*: “‘Un día gris’, escribiría más tarde en mi diario, con vientos del Sur como tantos, pero cada uno distinto en la infinita gama de tonos pastel” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 17).

Agrega mayor cantidad de topónimos y precisiones geográficas que el texto de María Sáez de Vernet no necesita dar, en tanto, en primera instancia, un diario es un texto que no se escribe para otros: “La isla Soledad, junto a la Gran Malvina y ese salpicón de islas apartadas del mundo en el cofre de ese mar tumultuoso” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 19).

Se hace una alusión a las ruinas dejadas por los primeros pobladores franceses, al igual que en el *Diario*, pero en este caso la descripción da pie



a la introducción de una leve pincelada histórica, lo que refuerza la intención en cierto modo didáctica del texto de Sáenz de Méndez (1995): “Los franceses llegados de Saint Malo comenzaron a llamar *Malouines* a las islas, nombre que luego se convirtió en la versión española de Malvinas” (p. 20).

También es más extensa la descripción del jardín, apenas aludido en el *Diario*, y adquiere así valor de símbolo en tanto representa la cultura en relación con la naturaleza primigenia: “Había traído de Buenos Aires un criado que era buen jardinero y semillas que debían acostumbrarse a un clima y suelo distintos. ¡Lo hicieron! Tímidamente brotaron los tallitos endebles. La primera flor fue saludada con regocijo general” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 21). Es imposible no advertir aquí una referencia a los propios Vernet, en tanto el pasaje puede ser leído intertextualmente con la referencia que María, personaje histórico, hace al crecimiento de sus hijos “sanos y robustos” en medio del espacio malvinense (Sáenz de Vernet, 2016, p. 46).

Pero el esfuerzo por modificar el entorno no significa la negación de su belleza agreste: “Señalo las florecillas silvestres. Siempre me enternece encontrarlas iluminando la tierra, como pequeñas estrellas” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 41). Nótese el tropo que —sin desmentir lo que el personaje histórico consigna en su *Diario*— denota el paso de una intención testimonial a una finalidad estética.

El mismo sentimiento de admiración y de ternura le provoca la fauna que aparece en la novela, en cierto modo relacionada con sus hijos: “El revolotear de patos y pájaros marinos brinda a cada islote su propio marco de alas. El parloteo de mis niños y el graznido de estas aves rompen el silencio. Ese bello y vívido silencio, privilegio de estas regiones” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 43).

La intención de *lista*, que en los textos descriptivos se hace presente a través del recurso a la enumeración con una cierta pretensión de exhaustividad, en este caso se manifiesta en una visión en movimiento, plena de plasticidad:



Voy señalando las bellezas de la región. Las gaviotas y los petreles aletean sobre nuestras cabezas.

Las bandadas de patos que vuelan a ras del agua, batiéndola con sus patas, hacen un ruido característico. Las avutardas los acompañan con sus alas extendidas. Espero más tarde encontrar pájaros bobos (Sáenz de Méndez, 1995, p. 40).

Pero la objetividad cede lugar ante la resonancia espiritual que las bellezas contempladas provocan en el personaje: “Como escapando de la paleta de algún pintor van apareciendo los islotes cubiertos de hierba. En muchos de ellos hay ganado que aprovecha los pastizales” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 43). Los atardeceres, sobre todo, ejercen una suerte de fascinación sobre el personaje.

Prevalece la idea de arraigo en el territorio austral, esa nueva patria: “Solo dos meses habían pasado desde nuestra llegada de Buenos Aires y habíamos echado raíces tan hondas que parecían responder a años de vida” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 16).

El texto repite otro tópico descriptivo indisolublemente unido a la representación literaria del espacio malvinense: la presencia de nuestra bandera, como símbolo irrenunciable de pertenencia: “[...] sé que todos los días en las islas se enarbola la bandera celeste y blanca, bandera a veces desteñida, a veces brillante, formada por elementos eternos: el cielo y las nubes” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 104).

Este texto insiste en un aspecto ya presente en el *Diario*, aunque con mucho menor desarrollo y, por supuesto, sin la perspectiva histórica: la representación de la Argentina como *crisol de razas*, abierta “a todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino”, que se explaya —en este caso— a partir de la narración de los festejos en honor de Santa Rosa de Lima, en los que participaban —cada una a su modo— las distintas colectividades que formaban la población de Malvinas en tiempos de Vernet:

Los negros cantaron sus melodías africanas [...] Los alemanes que habían viajado con nosotros, entonaron *lieder* románticos. Los escoceses bailaron con gaitas y trajes típicos; y luego el rasgueo de la guitarra, como una estela de plata, vibró hasta perderse en el fondo de los mares australes (Sáenz de Méndez, 1995, p. 22).



Este dato, que hace al *paisaje humano* afirma la pertenencia de Malvinas a un todo generoso y solidario que es la Nación argentina, porque también las islas se convierten en “tierra madre”, que “recibía a todos, los cobijaba en sus brazos maternos, los comprendía por lo que eran y, generosa, los amaba y respetaba” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 22). Y también los acogía al término de sus vidas, como a “Gregoria, la primera de nosotros que quedaba para siempre en las islas” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 25).

Asimismo, es la tierra de los hijos, como Malvina: “mi mujercita isleña. Mi niña valiente que ha nacido en unas islas, ahora más nuestras que nunca, como si hubiéramos enarbolado entre las dos una bandera” (Sáenz de Méndez, 1995, p. 32). Se reitera así, desde otro ángulo, el valor simbólico de la bandera asimilada al paisaje e inamovible de él, a pesar de cualquier embate:

Un día ventoso, con ráfagas huracanadas. Desde mi ventana veo flamear la bandera. Temo que el viento derrumbe el mástil, pero está plantado con firmeza en la tierra. El mal tiempo ha ido apagando el bello color celeste, pero concuerda más que nunca con el cielo de estas latitudes y se funde con el mar. Es parte del paisaje de las islas (Sáenz de Méndez, 1995, p. 36).

Por eso, las Malvinas: “Son una miniatura de la patria, amalgama de razas que se funden en una, infinitamente rica por sus componentes tan diversos” (p. 45). En todo caso, lo que se destaca es que el paisaje, la tierra misma, oficia como una suerte de embrujo que sella la indiscutible pertenencia del personaje a las islas:

¿Qué me han hecho las islas, Buenos Aires, que soy una extraña aquí?
¿Qué sortilegio de algas y marea de viento y olas me ha marcado para siempre? (Sáenz de Méndez, 1995, p. 93).

Así, las páginas de *María de las islas*, a partir de un título que implica una relación de pertenencia, refuerzan la representación de paraíso que apenas se vislumbra en el texto original, en un sentido personal, e incrementa a la vez la valoración del potencial económico de la zona:

Nuestros hijos crecían aquí libres y felices. Vernet, con su capacidad de hombre de empresa, pronto para sacar partido de todas las posibilidades, y yo a su lado, para descubrir las bellezas ocultas de una naturaleza en apariencia hostil, que se iría abriendo lentamente ante nuestros pacientes ojos asombrados (Sáenz de Méndez, 1995, p. 19).



En relación con esto, el personaje de Vernet expresa su propia versión de un paraíso, utopía de fraternidad universal, congruente con las circunstancias que por entonces se vivían en el continente:

Las islas, apartadas de las luchas internas de las Provincias del Río de la Plata, eran territorio magnífico [...] para aplicar estas ideas [...] de convivencia y libertad, respecto al ser humano, para desarrollarse cultural y económicamente. Patrimonio de toda América, a pesar de razas y costumbres (Sáenz de Méndez, 1995, p. 76).

Pero eso mismo se convierte en un peligro: “Nuestras islas no son más el paraíso olvidado, las amenaza la codicia de los hombres” (p. 48). Esa amenaza se concretó el 2 de enero de 1933, cuando la fragata inglesa *Clío* tomó posesión del archipiélago en nombre de su majestad británica. En realidad, a partir de la partida de los Vernet se desencadenó una serie de sucesos violentos de los que el texto novelístico da cuenta.

Malvinas, hoy: la tierra del mandato

Dejando de lado los textos que se refieren a acontecimientos bélicos, he seleccionado tres escrituras ficcionales que textualizan el paisaje de Malvinas en la actualidad: *La balsa de Malvina* (2012), de Fabiana Daversa, y *El penúltimo ataque* (2012) y *Las lecciones del Capitán* (2006), de Juan Luis Gallardo.

Son notorias las diferencias, porque también ha variado el entorno malvinense casi un siglo después de la estadía de los Vernet en el archipiélago. Pero sobre todo, ha variado la representación de Malvinas para todos los argentinos: ya no es la tierra que debe ser apropiada por la escritura, vivenciada como hogar o añorada como *paraíso perdido*. Es, por el contrario, un territorio de dolor, donde —si no han nacido hijos— sí reposan muertos queridos, que debe ser recuperado de algún modo. Y esta es la empresa que acometen los protagonistas de las novelas analizadas a continuación.

En la primera de ellas, Malvina, la protagonista, hija de un excombatiente, emprende un viaje hacia el sur como un modo de exorcizar sus dolores: “Ir en busca de mi sueño descubría una trama en donde indefectiblemente mi



historia y mi padre se encontraban. Allí empezaban a aparecer los paisajes que él evocó, sus dolores dormidos” (Daversa, 2012, p. 32).

En esta suerte de viaje iniciático que emprende van desfilando los hitos que jalonan su periplo: Bahía Blanca, Punta Alta y la Base General Belgrano, Tierra del Fuego y otros nombres dolorosamente evocadores de las jornadas luctuosas de 1982, hasta llegar efectivamente a Malvinas. Ciertamente, no es un itinerario rectilíneo, tiene partidas y regresos, y nuevas partidas, porque sobre esa peripecia básica la novela va entretejiendo otras tramas distintas pero convergentes, hasta arribar al escenario malvinense.

El encuentro con la tierra austral ha sido mediado, para la protagonista, por la lectura de dos textos: el *Diario del viaje imaginario*, escrito por un personaje de ficción, su amigo Tomás, muerto de cáncer, y el redactado por Charles Darwin, en el que vuelca sus impresiones de viaje por el sur argentino. Así, este “suelo encantado” (Daversa, 2012, p. 249) comienza siendo “un mapa en papel de arroz y tinta china de las ‘queridas islas’ como las llamaba” (p. 257) y no acaba de corporizarse nunca del todo en el texto: “Llegamos al aeropuerto de Stanley luego de atravesar un banco de niebla que nos impidió ver las islas desde la altura” (p. 262).

La descripción del territorio malvinense es fragmentaria y se limita a algunos de los rasgos usualmente asociados a ese pantónimo, que los textos anteriores exploran con exhaustividad: “El suelo de turba, inadecuado para el plantío de granos, la vida del ganado y su adaptación al clima” (Daversa, 2012, p. 262) y se focaliza particularmente en el aspecto de Puerto Argentino en la actualidad y su relación, de algún modo simbólica, con la protagonista: “Puerto Argentino es una ciudad que exhala un vaho militar [...]. Desde lo alto de la loma se podían ver los techos de colores y la bahía de la Isla Soledad. Gran Malvina y Soledad ¿cuántas cosas cabían en mi nombre?” (p. 264). En rápida enumeración, se da cuenta de la fisonomía urbana, algo totalmente ausente en los textos considerados anteriormente, en razón del momento histórico al que se refieren:



La ciudad, como el nombre lo indica, tiene un puerto, una iglesia, una plaza con un extraño arco y el monumento de la guerra que recuerda el día de la rendición argentina [...]. Las casas no tienen numeración, lo que señala que todos se conocen y que uno no es más que un perfecto extraño (Daversa, 2012, pp. 265-266).

Este modo de describir, impersonal, refuerza la impresión de extrañeza y de derrota que registra Malvina y funciona como un modo de enmascaramiento de sus propios sentimientos dolorosos. No faltan, por cierto, las referencias al clima y a la fauna, ya estereotipadas:

El cielo que se cerraba sobre mi cabeza con nubarrones de lluvia o nieve. El viento helado que no dejaba de soplar ni un segundo y me obligaba a vestir gorro y guantes [...]. Gaviotas australes sobrevolaban sobre mí, podía ver sus picos rojos e imaginar sus ojos claros, observándome. Un albatros ojeroso peleaba contra la corriente de aire, tratando de mantenerse en alto con sus alas de enorme envergadura. Era un clima hostil, de los mil demonios, pero estaba feliz de haber llegado (Daversa, 2012, p. 262).

También se reiteran las perspectivas económicas de la zona: “Los permisos de pesca, la actividad turística y la lana son recursos que permiten un buen ingreso a los kelpers. Pero la apuesta a futuro es el petróleo” (Daversa, 2012, p. 270).

Lo que resulta novedoso, en relación con versiones anteriores acerca de la naturaleza en las islas, es la mención del extinguido espécimen que el texto denomina *Canis antarticus*: “El lunes empezaríamos las excavaciones para tratar de encontrar una osamenta del único animal indígena de la isla [...]. Había nada más que tres esqueletos de esa especie en el mundo” (Daversa, 2012, p. 267).

La representación que prevalece es la de la derrota y el abandono, simbolizada en unos “antiguos galpones de YPF. Estaban herrumbrados y a punto de desmoronarse. Un paisaje tétrico, en contraste con la pulcritud de las casas” (Daversa, 2012, p. 271). Y la lapidaria afirmación, que patentiza el estigma de “tierra derrotada y baldía”: “Aquí todo lo que fue argentino queda abandonado, como si estuviera maldito” (p. 271).

Pero el centro descriptivo lo constituye la visita al cementerio argentino de Darwin, “postal obligatoria para los argentinos que visitan las Islas”; se llega a él por una ruta “sinuosa, verde y gris” (Daversa, 2012, p. 273):



Progresivamente, a lo lejos, pude comenzar a ver cientos de cruces blancas pequeñas y solo una más grande que el resto. Era un paisaje fantasmal. Allí el cielo y el horizonte se funden en un gris plomizo. Es el legítimo territorio de la Muerte (p. 274).

A pesar de esa visión casi apocalíptica, el final de la novela pretende ser optimista: “Espero regresar a las Islas, pero prometí no volver como extranjera. Algún día sus calles y avenidas se llamarán San Martín, Ayacucho, Bolívar, como cualquier ciudad del interior argentino. Algún día, tendré una casa allí, frente al mar” (p. 281). Malvinas se configura así, por oposición a la visión real dada por ese territorio que cobija a tantos muertos argentinos, como la tierra de la utopía del retorno, como la tierra prometida de los padres a la que se aspira a volver algún día.

Este mandato es también el que guía a los protagonistas de la novela de Juan Luis Gallardo, *El penúltimo ataque* (2012), que lleva como subtítulo *Novela de aventuras para argentinos jóvenes*. En primera instancia, la construcción novelística apunta al lector juvenil, el que comparte la edad de los protagonistas, y se presenta con todos los condimentos que pueden llamar su atención: aventuras, intrigas, contrabandistas, malhechores, romance, etc. Sin embargo, la intención última del texto apunta a valores universales.

La trama de la novela narra el hallazgo de un submarino alemán de la Segunda Guerra Mundial en un tranquilo golfo de la costa patagónica, por parte de Juan, hijo de un excombatiente. Este detalle es significativo para el desarrollo posterior, que involucra, junto a hermanos menores del joven protagonista, a un marino alemán, antiguo tripulante de esa misma embarcación y a otros jóvenes, entre los que se cuenta una niña hija de ingleses nacida en tierra argentina.

La filiación de Juan —como se dijo— es importante, porque ha heredado un mandato, una consigna que su padre se impuso luego de la aciaga derrota, “en la bodega del barco que lo devolvió al continente, cierta tarde lejana de julio: ‘volveremos... nosotros o nuestros hijos, pero volveremos’” (Gallardo, 2012, p. 25). Esto hace germinar en su mente un proyecto peregrino: llegar en el submarino a las islas Malvinas y con el único torpedo restante, reliquia del pasado bélico de la nave, bombardear



algún emblema inglés en la zona.

Inesperadamente, el éxito corona la alocada misión y la repercusión mundial de suceso tan extraordinario aboga en favor de los jóvenes, que logran salir indemnes y casi sin consecuencias punitivas⁴.

La mirada que se echa sobre la geografía isleña, en razón de la peripezia misma, es limitada y casi *desde afuera*; el único contacto con la tierra malvinense es lo que pueden vislumbrar cuando —hechos prisioneros— son trasladados al sitio en que se pretende juzgarlos. Esto nos permite asomarnos a la vida cotidiana de las islas luego del conflicto, en un paisaje diferente pero aún impregnado de memorias dolosas:

Tomó la comitiva hacia el suroeste, por una de las nuevas rutas construidas después de la guerra del 82. El recuerdo de aquellas acciones hacía que los argentinos miraran con particular emoción el paisaje que se ofrecía a su vista: la periferia de Puerto Argentino, salpicada por casitas de madera tras jardines exiguos, brillantes al fondo las aguas de la bahía: el cruce de las alturas próximas, sembradas de piedras grises, que se tornaban más abruptas hacia las crestas; llanuras cubiertas por hierbas palustres; el mar formando horizonte, y avanzando a favor de las escotaduras de la costa; el cielo gris, las nubes bajas (Gallardo, 2012, p. 202).

Esta mirada “a vuelo de pájaro” se remansa un momento en la contemplación del cementerio, “cercado por una fuerte alambrada. Cruces blancas, geométricamente distribuidas; algunas lucían nombres criollos, otras amparaban los huesos de combatientes anónimos” (p. 202).

Cuando se está sustanciando el juicio o corte marcial a los jóvenes, aparece en escena un misterioso personaje, el Capitán, “algo así como un espectro familiar, fugazmente entrevistado cada tanto tiempo, sea en la Gran Malvina, sea en la isla Soledad”. Se decía

[...] que era un ex Capitán del Ejército Argentino, destacado en Puerto Howard cuando la guerra del 82. Allí lo sorprendió la rendición final, que él jamás acató. Permaneció en el archipiélago para atestiguar que los argentinos no se resignaban a abandonar lo suyo (Gallardo, 2012, p. 211).

Este personaje dará ocasión a la escritura del segundo texto de Gallardo del que me ocuparé: *Las lecciones del Capitán* (2006). Se trata de un relato enmarcado en el que, a partir del encuentro del Capitán con un joven



puestero de ascendencia inglesa y argentina, se van desgranando una serie de reflexiones que conforman la andadura filosófica del texto y que dan título a los sucesivos capítulos que lo conforman: “Dios”; “Occidente”; “Patria”; “Cultura”; “Libertad”; “Igualdad”; “Fraternidad”; “Ideologías”; “Democracia”; “Vocación”; “Mujer”; “Familia”; “Estado”; “Trabajo”; “Milicia”; “Amor”, “Dolor”; “Ecología”; “Argentina”; “Malvinas”.

Cada uno de estos encuentros se introduce a través de breves párrafos descriptivos que, con pequeñas variantes, dan cuenta de la situación de enunciación. Este procedimiento es el que nos permite vislumbrar algunos atisbos del paisaje de las islas:

En la Noche Tercera, mientras la tierra desterrada del archipiélago suspiraba en su exilio insular, habló El Capitán y dijo [...] (p.23).

En la Noche Cuarta, mientras los prados sin labranza de la Gran Malvina dormían su sueño fósil, habló El Capitán y dijo [...] (p. 27).

En la Noche Sexta, mientras en los campos acolchados de turba se arrebajaban las ovejas, análogas, repetidas, una junto a la otra, para darse calor, habló El Capitán y dijo [...] (p. 35).

En la Noche Novena, mientras las fuerzas tremendas de la naturaleza actuaban en el archipiélago conforme a leyes que nadie ha votado, habló El Capitán y dijo [...] (Gallardo, 2006, p. 47).

El texto asume un tono bíblico, como si a partir de estas palabras de El Capitán, una nueva realidad debiera ser alumbrada, gestada, a través de esos dos interlocutores mencionados: el Capitán y un joven llamado James, hijo de un capataz inglés y de una criolla, muertos ambos, que también ha heredado de su progenitor un sueño convertido en mandato, aunque al comienzo no pueda vislumbrar el alcance de este legado:

El más ferviente deseo del padre de James había sido reunir un capital para comprar campo en las Islas Malvinas, por las cuales sentía una extraña fascinación [...]. Prematuramente huérfano y habiendo recibido por única herencia aquella fascinación extraña, el chico logró pasar al archipiélago agregado a una comparsa de esquiladores chilenos (Gallardo, 2006, p. 6).

James ha llegado a Malvinas luego del conflicto bélico con Gran Bretaña, lo que no quiere decir, sin embargo, que no se tope con sus vestigios tangibles, presentes de mil maneras en las islas:



Alguna vez, arreando ovejas, la explosión de una vieja mina antipersonal había dispersado el rebaño. Otra, mientras recorría a caballo la cumbre de una colina, descubrió los restos informes de un *Harrier*, dentro de cuya cabina pudo atisbar, horrorizado, una calavera amarillenta bajo el casco del piloto. Y, junto al cadáver de un soldado argentino, el fusil FAL que llevara consigo (Gallardo, 2006, p. 8).

Esa es la tierra en la que James J(ara) Jones desenvuelve su existencia en una relación que implica, sí, una elección pero no un compromiso claro, una religación afectiva, lo que advendrá luego —precisamente gracias a las lecciones de El Capitán, asimilado al territorio malvinense— con una misión que es dar un testimonio:

Sobre su testimonio, El Capitán había dicho que durante largos años lo había presado de manera pasiva, pero que quizá requiriera de una ofrenda final para completar su sentido. También había dicho que las Malvinas se las consideraba un territorio irredento, sin reparar en que la redención supone efusión de sangre (Gallardo, 2006, p. 97).

Cuando esta misión cruenta se consuma, tiene todo el valor de un sacrificio propiciatorio, que alumbra en James una nueva identidad: “Respetuosamente, como quien cumple una ceremonia ritual, retiró James la bandera, la besó y se levantó envuelto en ella. Después empezó a retirarse lentamente, dando la espalda al cuartel” (Gallardo, 2006, p. 101).

El párrafo final reinstaura un clima legendario: “A nadie, en las Islas Malvinas, sorprendió el hecho de que la silueta de El Capitán siguiera apareciendo allí de vez en cuando, recortándose contra el cielo en la cresta de algún cerro solitario” (p. 101).

Un territorio desrealizado en un futuro distópico

Dentro del tercer tipo de mundos que me propuse analizar (el de lo ficcional inverosímil) se puede incluir el texto de Carlos Godoy, *La construcción* (2014), que incursiona en modalidades no realistas cercanas a lo real maravilloso —“el mundo real es oblicuo al nuestro” (p. 75)—, aunque con un matiz distópico. Cabe aclarar que la inverosimilitud afecta a la lógica misma de las acciones presentadas y no solo a la representación espacial.

La estructura misma es original, en tanto aparece compuesta por una serie

de microrrelatos con un hilo conceptual común, que no desdice su apariencia fragmentaria. De ellos, interesan especialmente los de la primera parte, “Una trenzadora de alambre”, porque construyen un escenario que remite inequívocamente a Malvinas:

Nuestra tierra puede verse desde el cielo como dos manchas de un test de Rorschach separadas apenas por un pequeño espacio [...]. Si nos concentramos en sus bordes irregulares podemos ver que, de tratar de unirlos, coincidirán como dos piezas de un rompecabezas (Godoy, 2014, p. 9).

De todos modos, esta referencialidad alcanza ribetes hiperbólicos o fantásticos o, cuanto menos, desrealizadores⁵: “A veces, a la madrugada, se puede sentir un chirrido que viene del canal. Los ancianos dicen que son las criaturas subterráneas que alejan un poco una mancha de la otra” (Godoy, 2014, p. 11).

Las islas son una presencia huidiza, que depende más bien de una cuestión de percepción: “Cuando se preparaban para soltar los botes de desembarco, las pequeñas tierras desaparecían. Se esfumaban en la niebla como un espejismo en la arena” (Godoy, 2014, p. 13).

Es un mundo con su cosmogonía: “Los geólogos dicen que antes estaban unidas, formando una sola mancha” (Godoy, 2014, p. 9); una transgresión inicial: “Todas nuestras historias empiezan con una guerra” (p. 9) y la promesa de un Mesías o “Salvador”: “Tenemos una sola partera que no puede explicar cómo es que el niño que nació muerto despertó [...]. Dicen que ese niño va a salvarnos” (p. 51). Esa afirmación encierra algo ominoso, la certeza de una condena que pesa sobre las “manchas”, territorio en conflicto: “Así fue como nuestras manchas se transformaron en un escenario de disputas que aún continúan” (p. 30).

Es además un mundo cerrado, suerte de prisión: “Nadie dice que no se puede salir de las manchas. Solo se sale por un movimiento elaborado por la casualidad o por la guerra o por una emergencia” (Godoy, 2014, p. 40). La naturaleza, por su parte, es peligrosa: “Destilan una fiebre los matorrales” (p. 43). Y lo que prevalece en la constitución de ese mundo es la certeza de un final violento: “Los geólogos dicen que un día llegará una gran tormenta de la que solo sobrevivirán los que estén mejor preparados.



Los ancianos dicen que no será una tormenta, sino que será una bola de fuego que vendrá del continente” (p. 12).

La apocalíptica profecía se confirma en dos textos intercalados. El primero, titulado “Los monstruos no mueren”, separa la primera parte de la segunda y narra un episodio bélico, un bombardeo nuclear y su consiguiente destrucción: “Luego, antes de tomar las fotos dentro del cráter desde el que comenzó a expandir sus ondas la explosión [...] los exploradores documentarán los cuerpos blancos, calcinados, a medio enterrar bajo la tierra húmeda” (Godoy, 2014, p. 60). El segundo, “El bautismo de los limpiadores”, parece aludir a un futuro posapocalíptico.

Los matices disfóricos, inquietantes, que tienden a saturar el texto, en su aparente tono liviano, postulan una visión totalmente diferente del territorio malvinense que, de algún modo, se convierte en teatro de otras invasiones extranjeras —se menciona en varias ocasiones a “los chinos”— que aparejarán su destrucción:

Días atrás, los helicópteros, en vez de ver una vaporosa humareda, habrían visto dos manchas enfrentadas, como si formaran parte de un test de Rorschach. Esos tests en los que el paciente debe proponer qué tipo de figura representan los borrones deformes de tinta en una lámina (Godoy, 2014, p. 60).

Conclusiones

La efímera soberanía territorial que la Argentina ejerció sobre Malvinas —ya sea antes de la usurpación británica, ya sea después, a través de la ocupación armada de 1982— lleva a Vitullo (2012) a hablar de “una posesión imaginaria” sobre un territorio “que la literatura reivindicatoria califica de ‘arreatado’, ‘usurpado’, ‘conculcado’, ‘arrancado’ o ‘violado’” (p. 17). El propósito de este trabajo apuntó, por un lado, a completar con otros adjetivos la mirada sobre ese espacio malvinense y destacar asimismo la capacidad de la literatura para lograr una apropiación simbólica, ya que no efectiva, del territorio: espacio escritural, hecho hogar por medio del recuerdo plasmado en la escritura, como ocurre en el caso del *Diario* de María Sáez de Vernet, con la declinación de una serie de atributos a partir de entonces indisolublemente unidos al pantónimo “Malvinas”: el clima, el




viento, la flora, la fauna, el potencial económico de la zona.

A esta topografía mimética, se sumarán luego diversas representaciones, construidas en diálogo entre ese espacio físico y el espacio textual de las diversas ficciones analizadas, cuyos connotadores genéricos permiten diseñar distintos modelos de mundo, desde lo realista a lo fantástico y distópico. En este tipo de textos la construcción de Malvinas como espacio literario deja de ser topográfica para volverse metafórica o metonímica. La constitución geográfica del archipiélago es suficientemente conocida y no es necesario establecerla o recuperarla por la escritura, pero a esa *topografía mimética* se han superpuesto otros valores que lo cargan de sentido, le dan un *simbolismo ideológico* —utilizando la terminología de Soubeyroux (1985)—, que adensan su significación en términos de representación social. También en este sentido se puede citar a Vitullo (2012), cuando señala que “las islas [...] son [...] un espacio en blanco que puede ser llenado con lo que sea que la imaginación dicte” (p. 187).

Se posibilita así una serie de representaciones muy diversas que he pretendido relevar porque “el proceso creativo de la ficción es capaz de borrar la mirada nostálgica a la que la realidad es tan propensa, llenando de lenguaje los espacios que esa falta deja vacíos” (Vitullo, 2012, p. 191). La misma autora afirma que “hasta el momento, es la ficción la que ha logrado las respuestas más complejas a los problemas e interrogantes que arroja la guerra” (p. 16).

Algunas de las ficciones objeto de estudio confirman, entre otras, la representación de Malvinas como *locus amoenus*, lo que encierra una suerte de nostalgia edénica; como *crisol de razas*, expresión de una cierta utopía de fraternidad universal, o como tierra de aventuras heroicas; pero también como territorio codiciado por los extranjeros (no solo británicos) por su particular relevancia geopolítica.

Ciertamente, luego de la guerra de 1982, el archipiélago ha perdido el matiz hogareño que adquiere en los textos relacionados con María Sáez de Vernet; no es tampoco el *locus amoenus* que encierra una nostalgia edénica. Sin ser totalmente un espacio *otro*, los sucesos bélicos han dejado su impronta, del mismo modo que el paso de tiempo ha ido



modificando ciertos aspectos de su faz bucólica, prístina y ya no es posible referirse a ella en los mismos términos.

Sigue intacta, empero, la conciencia de un mandato que brota del hecho de ser una *tierra irredenta* y este legado es el que se transmite de generación en generación, como en las novelas de Gallardo y en la de Daversa. En cuanto a la visión disfórica, futurista, que nos ofrece el texto de Godoy, además de extremar —con ánimo juguetón— las potencialidades de la literatura como creadora de mundos que estilizan o remedan el real, parece aludir más bien a las resonancias catastróficas que el término “Malvinas” despierta en muchas conciencias argentinas, a partir de la guerra de 1982.

Paula Erhmantraut, en la “Introducción” a *Masculinidades en guerra* (2013), y a partir de la hipótesis planteada por Guber en *¿Por qué las Malvinas?* (2001), destaca que “las islas funcionan como espectrales receptáculos de la identidad nacional más allá de los golpes de Estado y los períodos de frágil democracia que caracterizaron al siglo veinte argentino” (p. 11). Esto valida la posibilidad de analizar el aporte que las distintas ficciones realizan al imaginario colectivo desde lo espacial, sin cargarlo necesariamente de connotaciones históricas o políticas, sino como una realidad subsistente capaz de generar significados que nos atañen a todos. Por mi parte, me he propuesto demostrar que este territorio es algo más que una “presencia fantasmal” (Erhmantraut, 2013, p. 12), sino que adquiere una corporeidad particular por obra y gracia de la literatura y sus mecanismos de construcción de diversos tipos de mundo.

Lo que propongo, en suma, es *otro modo* de leer Malvinas, soslayando la referencia a la guerra, que podría verse en una serie de textos emblemáticos, empezando por *Los pichiciegos* (1983), de Rodolfo Fogwill, y siguiendo por tantos otros de las nuevas narrativas, como Patricio Pron (2014) o Carlos Gamerro (1998).

REFERENCIAS

- Albaladejo, T. (1986). *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*. Universidad de Alicante.
- Albaladejo, T. (1992). *Semántica de la ficción realista*. Taurus.
- Bachelard, G. [1957] (1965). *Poética del espacio*. FCE.
- Bajtín, M. (1978). *Teoría y estética de la novela*. Taurus.
- Daversa, F. (2012). *La balsa de Malvina*. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Dolezel, L. (1999). *Heterocósmica: Ficción y mundos posibles*. Arcolibros.
- Ehrmantraut, P. (2013). *Masculinidades en guerra: Malvinas en la literatura y el cine*. Comunicarte.
- Fogwill, R. E. (1983). *Los pichiciegos*. Ediciones de la Flor.
- Gallardo, J. L. [1985] (2012). *El penúltimo ataque*. Fondo Editorial San Francisco Javier.
- Gallardo, J. L. (2006). *Las lecciones del Capitán*. Lectio.
- Gamerro, C. (1998). *Las islas*. Ediciones Simurg.
- Garrido Domínguez, A. (1996). *El texto narrativo*. Editorial Síntesis.
- Genette, G. (1969). La littérature et le espace [La literatura y el espacio]. En *Figures II*. Seuil.
- Godoy, C. (2014). *La construcción. Metales radioactivos en las islas del Atlántico Sur*. Momofuku.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué las Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. FCE.
- Hamon, P. [1981] (1991). *Introducción al análisis de lo descriptivo*. Edicial.
- Jitrik, N. (1995). *Memoria e imaginación literaria*. Biblos.
- Lorenz, F. (2013). *Unas islas demasiado famosas: Malvinas, historia y política*. Capital Intelectual.
- Mitterand, H. (1980). Le lieu et le sens: l'espace parisién dans *Ferragus* de Balzac. En *Le discours du roman*, PUF.



Pron, P. (2014). *Nosotros caminamos en sueños*. Random House.

Ryan, M. L. (1997). Mundos posibles y relaciones de accesibilidad: una tipología semántica de la ficción. En A. Garrido Domínguez (Coord.), *Teorías de la ficción literaria* (pp. 181-206). Arco Libros.

Sáenz de Méndez, E. (1995). *María de las islas*. Sudamericana.

Sáez de Vernet, M. [1829] (2016). *Diario de María Sáez de Vernet en Malvinas*. Punto de Encuentro.

Segade, L. (2015). Lejos de la guerra. Relatos de Malvinas en los primeros años de la democracia. *Revista Paginas*, 7(13), 136-160. <https://doi.org/10.35305/rp.v7i13.199>

Soubeyrou, J. (1985). Espacio y tiempo como base para una lectura sociocrítica de *Gracias por el fuego* de Mario Benedetti. *Anales de Literatura* 4, 439-463.

Vitullo, J. (2012). *Islas imaginadas: La Guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*. Corregidor.

NOTAS

1. Edición realizada a partir de *María Sáez de Vernet. Cronista de Nuestra Soberanía en Malvinas. Primera edición bilingüe español-inglés*, publicada por Ediciones Puerto Luis en 1989. Existen otras ediciones, entre ellas una de 1965, hecha por la periodista mexicana Teresa Tallien, titulada *Las Malvinas por dos mujeres* (Editorial Meridiano) (datos suministrados por Juan Terranova en el "Prólogo" a la edición de 2016).

2. Las *escrituras del yo* incluyen las memorias, autobiografías, diarios y cartas, narraciones en las que la memoria desempeña un importante papel y en las que en ocasiones se verifica una identificación entre el autor y el narrador (aunque esto no ocurra en los géneros ambiguos como la autoficción, las auto-socio-biografías o la colectficción), por lo que oscilan entre la confesión personal, la sociología, la historia y la psicología, además de la literatura.

3. Noé Jitrik, en *Memoria e imaginación literaria* (1995), señala que *novela histórica* es un sintagma oximorónico, contradictorio en su misma formulación, por cuanto "historia" remite al orden de lo fáctico y "novela", al de la ficción.

4. No así el marino alemán, que muere en medio del ataque y es enterrado en Darwin, como otro combatiente argentino más.

5. Son muchos los datos coincidentes: "Nuestra tierra no tiene un descubridor o un conquistador, como suele suceder" (Godoy, 2014, p. 9); "La primera cartografía de las manchas la hizo un navegante portugués, su nombre era Diego de Rivera" (p. 12); "Los primeros viajeros se instalaron en la ribera este de nuestra mancha" (p. 10) y muchas más, como la referencia al *Canis antarcticus*: "Había un solitario cuadrúpedo que fue rápidamente extinto con las primeras armas que llegaron del continente. Se trataba de un pequeño zorro gris" (p. 14).